

Ángel González

Conocí a Ángel González en Barcelona un día muy lejano que ya no sabría situar en el calendario, pero que debía ser más o menos entre 1965 y 1968. Me lo presentó Carlos Barral en su despacho de la Editorial Seix Barral, la llamada “casa oscura”, de la calle Provenza de Barcelona donde yo trabajaba, cuando entré con papeles y dibujos en la mano para hacerle una consulta sobre el texto que tenía que ilustrar el cartel que estábamos preparando sobre nueva narrativa española, creo que era. Yo iba tan cargada que no pude dar la mano a Ángel y me quedé mirando aquel rostro que apenas tenía que ver con el que yo asociaba a sus poemas. Había visto unas pocas fotos suyas que nos habían llegado para ilustrar *Palabra sobre palabra*, y tal vez se habían difuminado los rasgos de la cara que permanecía borrosa en mi recuerdo enterrada bajo aquella lluvia de palabras, una sobre otra, que tanto me habían seducido. Yo lo miraba mientras él me sonreía vagamente, tímido tal vez como yo misma por un encuentro que había interrumpido su conversación con Carlos Barral. Éramos entonces jóvenes, altos y rubios y todavía no habíamos adquirido conciencia de nuestro coraje y de nuestra inteligencia. Yo no, por lo menos, que vivía sumergida en la seducción que me provocaba el mundo que estaba descubriendo desenterrando poco a poco los valores y los sueños civiles, culturales y sociales que permanecían ocultos desde hacía tantos años. *Palabra sobre palabra* era uno de esos tesoros, el más reciente, el que llevaba conmigo arrastrado por la memoria, como una lección aprendida por la repetición y el uso, como el trasfondo de un quehacer profesional y familiar que absorbía todas las horas del día y de la noche.

Ángel se había levantado y permanecía en pie con esa actitud un tanto oscilante e indefinida que tenemos cuando no sabemos si se espera de nosotros que volvamos a sentarnos o no. Carlos había iniciado una presentación larga del uno al otro, larga e irónica, como hacía siempre y sonreía ante sus propias palabras que destilaban jirones de travesura irónica.

Yo apenas le oía. Intentaba unir aquel semblante risueño de Ángel con el ritmo de los versos que surgían ahora más contundentes aún buscando fundirse con la imagen que tenía delante:

“De todas formas, tengo todavía / este papel, / la pluma / y la mano derecha que la aprieta, / y el brazo que la liga con el cuerpo / para que no se quede // tan distante y lejana –/ como un desarraigado objeto extraño // cinco dedos moviéndose, / marchando / por el suelo, / igual que un sucio / animal acosado por la escoba ... // Pienso: // La tarde muere, / y mi mano escribe: // la tarde / muere. // Ergo Dios existe. // Qué fácil es, ahora, / integrarse en un mundo ordenado y perfecto, / cuando se dispone de una mano tan valiosa, / tan materia de prueba, / tan cuerpo de delito. / Mano, frótame la cabeza! / Mano, acércame / la silla. Desabróchale / el corsé a esa muchacha // y tú, la otra, no te quedes quieta. / Coge / todo el dinero, mano: / incendia, / mata. // Por lo tanto, / se prueba una vez más, / como decía, / el orden natural y preexistente, / la armónica hermosura de las cosas”.

Aquella misma tarde, sentada a su lado en el bar de la calle Balmes esquina Provenza me tomé con ellos el primer gin and tonic de la noche. Ese gin and tonic que tanto ha irritado después a los moralistas que han traído con-



siglo generaciones posteriores. Debía ser primavera porque estábamos en la terraza ajenos a los ruidos de la calle que debían de ser muy suaves porque mi memoria no me cuenta ni que gritáramos ni de que no nos oyéramos. No recuerdo la discusión en la que estaban enzarzados y tampoco veo las caras de los que nos acompañaban. ¿Serían Gabriel Ferraté o Jaime Gil de Biedma? No sabría decirlo. Pero en el agujero negro de mi conciencia donde se almacena y compacta la memoria de lo que hemos vivido y hemos olvidado y que aún así constituye una parte tan fundamental de nuestra biografía, permanece incorruptible el recuerdo de aquel atardecer, y la cara de Ángel González, su voz, sus gestos y esa media sonrisa entre benevolente y pícaro que el tiempo no ha logrado arrancarle.

Han pasado muchos años desde entonces, he visto a Ángel en innumerables ocasiones, tantas veces con ese vaso en la mano ligado para siempre a su imagen, y tantas otras testigo cómplice de largas conversaciones y debates. Ha ido y vuelto de una orilla a otra, ha llenado nuestras noches de poemas que releemos cada vez con afán y placer renovados, he compartido con él miedos, esperanzas y confianzas, pero nunca le he contado qué incontenible canto llenaba mi mente y mis emociones aquella tarde de un día cualquiera de los lejanos sesenta que, como un premonición, comenzó a dar voz a su imagen. Porque aún hoy cada vez que el poeta acude a mi memoria, cada vez que su presencia aparece, tantas veces por sorpresa, sigo oyendo aquellos versos o cualquiera de los muchos que han jalonado su historia y la nuestra, con la misma voz, tan viva hoy, tan poderosa, como lo fue en aquel primer encuentro en el secreto recóndito de mi fantasía que dibujaba mi incipiente amor por la poesía.

